

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

45

FRANK TANNENBAUM
ESTADOS UNIDOS
Y AMERICA LATINA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

FRANK TANNENBAUM
ESTADOS UNIDOS
Y AMERICA LATINA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

FRANK TANNENBAUM (1893-1969) sociólogo y politólogo estadounidense, nacido en la Galitzia austriaca, emigra a los Estados Unidos trabajando primero en el campo para luego realizar trabajos diversos en la ciudad de Nueva York. Testigo de fuertes problemas laborales en esta ciudad participa en ellos, siendo acusado e inclusive preso por subversivo. Escribe varios libros sobre problemas laborales y sobre los problemas en las prisiones. En 1916 ingresa a la Universidad de Columbia. Crea seminarios a partir de sus propias experiencias sociales. Se interesa por la Revolución Mexicana, y hace amistad con Lázaro Cárdenas. Conoce a los diversos políticos que van conduciendo la Revolución; lo mismo que a sus artistas y a sus hombres de cultura. Escribe dos libros sobre México, el titulado *La Revolución agraria mexicana* en 1928 y *México la lucha por la paz y por el pan* en 1950. Acuña la frase, "*México yunque de la política exterior de los Estados Unidos*", mostrando como ha sido la resistencia mexicana a las presiones estadounidenses, la que ha dado origen a posturas más conciliatorias de los Estados Unidos frente al resto del mundo, justificando así su participación en la Segunda Guerra Mundial contra el totalitarismo fascista.

Se preocupa, igualmente por la América Latina y por las relaciones que la misma guarda con los Estados Unidos. El presente ensayo muestra sus puntos de vista sobre estas relaciones y sobre la política de postguerra que va a ser designada como guerra fría, en la que la poderosa nación, con el pretexto del anticomunismo estimula y apoya a las dictaduras que azotan diversas regiones de esta América haciendo mas difíciles las mismas. "Para poder sostener nuestras relaciones de liderazgo —dice— tenemos que encontrar el medio de identificarnos con el clamor que hoy se eleva por los valores que nosotros hace ya tiempo hemos llevado a práctica". Esto es, debemos permitir que estos pueblos realicen los valores democráticos que los Estados Unidos ya han alcanzado.

ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA

Frank Tannenbaum

Hay un dilema político que crea como un maleficio en las relaciones de Estados Unidos con América Latina. Sea cual sea nuestra política, nos vemos cogidos en la situación de desequilibrio que durante un siglo ha oscilado de la tiranía a la revolución y de las sublevaciones populares a las dictaduras. Dada la inestabilidad de los gobiernos, de cualquier acción que realicemos se sospecha que trata de alentar, o bien, de atacar a este o aquel partido, a este o aquel individuo, entre los que libran batalla por la conquista del poder. Esta presunción parece evidente a todas luces, aun en el caso de que en realidad seamos totalmente inocentes. Nuestra simple presencia es una interferencia, y las actividades inofensivas de nuestros representantes tienen ecos políticos. El embajador norteamericano en Haití, Ecuador o Venezuela no puede dar un banquete o aceptar una invitación a comer con cualquier figura política, esté o no en el gobierno, sin que ello refuerce o debilite a este o el otro partido, o aumente el prestigio político de este o el otro individuo. Nuestra simple presencia es algo con que siempre se tropieza en el camino del desarrollo político espontáneo. La expansión de nuestra energía es tan amplia que hasta los enérgicos esfuerzos de un Fidel Castro para liberarse del influjo de Estados Unidos terminarán por resultar un gesto vano. Ni siquiera Rusia puede salvar a Cuba de la influencia norteamericana.

Hay muchas cosas que encajan exactamente en cuanto reconocemos este sencillo hecho. Es natural que nuestros vecinos del sur se muestren antinorteamericanos, celosos de nuestro poder y envidiosos de nuestra riqueza; es también natural que sufran de un complejo al mismo tiempo de frustración y de inferioridad ante nuestra simple presencia. Todo esto es algo desafortunado, pero inevitable. Lo mismo ocurre con la susceptibilidad y la indignación de los latinoamericanos ante cualquier insulto, olvido u omisión franca por nuestra parte. Si ciertos intelectuales se vuelven hacia el comunismo, ello es como un escape ante la avasalladora presencia norteamericana. Es un acto de desafío, la aceptación de una fidelidad alternativa, una manera de salir de la sombra constante de Estados Unidos mirando en otra dirección y creyendo que uno puede liberarse de la realidad huyendo de ella, aferrándose a un espejismo. Así ocurrió con el fascismo y el nazismo. Y así ha sido con las pro-

mesas de toda perspectiva nueva que atenuara en cierto modo la presencia de Estados Unidos y la sujeción a su modo de vida, a su lenguaje, a sus diversiones y a sus modelos personales y sociales. Esta sujeción se manifiesta en mil detalles, desde el coctel al beisbol, desde las películas norteamericanas al Cadillac, desde el jugo de naranja helado hasta la laca para las uñas, desde la coca-cola a las revistas ilustradas, desde los anuncios de productos norteamericanos en la televisión hasta el jazz estrepitoso tocado por la orquesta en los “mejores” restaurantes. Los mexicanos han inventado una palabra para designar todo esto: “pochismo”; es decir, la sustitución por lo extranjero, especialmente lo norteamericano, de las tradiciones, creencias y actitudes mexicanas o españolas locales.

El estallido emocional contra la influencia extranjera, contra el “pochismo”, no es sólo mexicano, cubano o latinoamericano. No hay más que recordar la historia de la moderna Irlanda con su resurrección del idioma gaélico y su insistencia en la soberanía, que le permitió mantener a Dublín con todas sus luces encendidas mientras la aviación alemana destruía a un Londres a oscuras, para comprender que el fenómeno castrista no es único en la historia. Y, si se acepta el tono emocional del nacionalismo, no es difícil comprender que para llevar adelante su tentativa de cubanizar al pueblo cubano, de descubrir la esencia íntima de *lo cubano*, Castro tenía que expulsar todo lo que fuera extranjero, desarraigar las palabras inglesas introducidas en el español de Cuba, suprimir las nuevas maneras importadas con los turistas, la televisión, la radio y los automóviles, acabar con los periódicos llenos de artículos de comentaristas y de “comics” de Estados Unidos, expropiar los hoteles, los bares, la energía eléctrica, las fábricas, las tiendas, las explotaciones agrícolas, el ganado y el azúcar de propiedad norteamericana, limpiar a Cuba de los ruidos, las risas y los juegos de los norteamericanos. Esta tentativa es una especie de locura que no tiene más remedio que fracasar. Pero que se produzca en un mundo fragmentado por un creciente número de naciones celosas de su pureza y de su preeminencia nacionales y en el que resuena constantemente el grito del antimperialismo y del anticolonialismo no tiene nada de extraño.

No debería sorprendernos el que a muchos de nuestros vecinos del sur les resulte difícil acomodarse a la creciente influencia de Estados Unidos. Parece imposible mantenerse en paz con un poder como éste en pleno despliegue si no se le acepta plenamente y se convierte uno en norteamericano cien por ciento, incluso más norteamericano que los norteamericanos mismos; a no ser que uno se vuelva hacia el comunismo como una solución alternativa. Lo más sencillo, de todos modos, es permanecer en un estado de resentimiento, estado que ofrece

la comodidad de ser ambivalente y de permitir el flirteo con las formas de vida norteamericanas sin aceptar totalmente las ideas yanquis. Un escape hacia el comunismo resulta más difícil y menos aceptable, ya que, tomado seriamente, exige una repudiación de la tradición católica, de las formas de la democracia y del concepto de los derechos del hombre. Un escape mediante una inmersión en el ambiente norteamericano no es rara entre la clase media y entre algunos intelectuales; pero es un camino sembrado de abrojos y que a menudo desemboca en la desilusión.

Los norteamericanos no suelen mostrarse dispuestos a aceptar como iguales a los conversos, y en el plano de las relaciones personales les tratan a menudo con indiferencia y con esa especie de frialdad de que son capaces las personas satisfechas de sí mismas. A veces me he preguntado por qué los escritores norteamericanos que tratan de explicar el complejo de resentimiento que en la América Latina existe contra Estados Unidos dejan de referirse a la fuente más seria de nuestras dificultades: es decir, al hecho de que tratemos a los latinoamericanos como inferiores. La razón quizá sea sencilla e inocente. Nosotros somos ciegos para nuestras propias formas de vida. Somos herederos de cierta tradición sobre las gentes de color y esta tradición influye en todas nuestras actitudes, sentimientos, nociones, hábitos, gestos y expresiones verbales sobre esas gentes de color, de cualquier color. En este mundo nuestro es necesario enfrentarse con esta verdad de que el trato que damos a los negros constituye el único obstáculo de categoría para que podamos asumir el papel de dirigentes en un conjunto de naciones muchas de las cuales están pobladas por "gentes de color". Recuerdo un día en la Universidad de Caracas. Tras pronunciar una conferencia sobre la democracia norteamericana, un joven sacerdote, perplejo, se levantó entre los asistentes y me preguntó:

A la luz de lo que usted acaba de decirnos, ¿cómo explica la negativa a hacer justicia al negro?

Mejor habría sido que yo no hubiera hablado.

De todos modos, este es un obstáculo menor. La política nacional se puede corregir. Se pueden dictar nuevas leyes y los tribunales pueden dar nuevas interpretaciones a las ya existentes que corrijan a tiempo la imagen pública y ganen para el gobierno la reputación de luchar contra el mal en lugar de alentarle. Pero ¿cómo reformar la actitud, el sentimiento, el gesto, el tono y las maneras de un pueblo educado en la creencia de que los pueblos de color son inferiores por naturaleza y de que los europeos y especialmente los norteamericanos son gente superior? Esta forma de decir simplifica la cuestión, ya que en cierto modo supone que se trata de algo deliberado que puede

cambiarse mediante la palabra y la instrucción. Por desgracia, la realidad es que esa concepción se ha convertido en una segunda naturaleza que todos llevamos dentro, incluso aquellos de nosotros que suelen enseñar a los demás la tolerancia, la indulgencia y la cortesía. Este es el precio que estamos pagando por la esclavitud: los pecados de los padres se repiten en los hijos incluso hasta la cuarta generación.

¿Cómo podremos tratar a los latinoamericanos, en especial a aquellos que son en parte indios o negros, igual que tratamos al vecino de al lado? ¿Cómo impedir que nuestros arraigados mecanismos de resistencia, defensa y repulsión salgan a la superficie al enfrentarnos con las gentes de color cuando siempre hemos considerado natural, justo y adecuado conducirnos, hablar, creer, actuar y ser exactamente como somos, es decir, mejores y superiores? Este es el fondo del problema. ¿Cómo podemos ser diferentes de lo que somos y cuánto tiempo tardaremos en cambiar? Nuestras dificultades con los latinoamericanos no son simplemente económicas o políticas. Son también morales. Les tratamos como a gente inferior. No podemos evitarlo ni ocultarlo. Los latinoamericanos lo sienten en todos nuestros gestos y actitudes. Esta es la causa del resentimiento y del penoso complejo de inferioridad de los latinoamericanos frente a Estados Unidos. Ahí hay que buscar la razón de que su furia estallase contra el vicepresidente Nixon. En Caracas, la muchedumbre lo trató como lo trató al grito de "¡Little Rock! ¡Little Rock!" Y si le escupieron no fue porque pagábamos un precio muy bajo por el café o porque se había producido una baja en el mercado del petróleo en Estados Unidos. Simplemente, Nixon ofrecía una oportunidad para desahogar una irritación enconada y pagó casi por nuestras faltas.

Nuestra amistad con los dictadores

Una de nuestras dificultades consiste en la postura que hemos adoptado a los ojos de los latinoamericanos. Ante ellos, damos la impresión de oponernos a todo cambio social y político. Es trágico que la primera nación que repudió el colonialismo y que durante generaciones sirvió en casi todas partes de faro conductor para los pueblos que intentaban liberarse de la opresión política aparezca a los ojos de los latinoamericanos como amiga de la tiranía y sostén de la dictadura. En cierta ocasión oí a un latinoamericano decir a otro:

Cada vez que derrotamos una dictadura, sentimos que hemos obtenido una victoria contra Estados Unidos.

Esta postura la hemos ido asumiendo sin querer y sin darnos cuenta de los avisos que encontrábamos en nuestro camino. No supimos comprender las implicaciones políticas que llevaba en sí el hecho de que esa democracia que nosotros damos por supuesta y natural no ha tenido realmente un desarrollo paralelo entre nuestros vecinos del sur.

Las constituciones democráticas de América Latina no reflejan las realidades de su situación económica, social y política. En casos extremos, como Santo Domingo y Cuba, bajo la dictadura de Batista, las constituciones promulgadas eran en realidad una falsificación; en otros muchos casos no eran más que una simulación o, si ustedes quieren, un ideal que habría de realizarse en lo futuro. La realidad inmediata era diferente: régimen de castas y autoritarismo, constituyendo en muchas regiones una situación tan rígida que no parece haber cambiado visiblemente a lo largo de un siglo. La "gran transformación" que en Europa y en Estados Unidos introdujeron la aparición de las máquinas y la incorporación de las masas al proceso político no afectó para nada a América Latina. En realidad, las constituciones latinoamericanas falsificaban las realidades. Los gobiernos no eran representativos ni se basaban en el consentimiento del pueblo y la sociedad no era democrática.

Nosotros hemos aceptado, al menos formalmente, esta simulación de la realidad. A efectos diplomáticos, nos hallábamos asociados con las naciones democráticas de Latinoamérica cuando en realidad éstas habían cambiado muy poco desde el final del régimen colonial y cuando el movimiento democrático, igual que la revolución industrial, las había dejado al margen. Estas son generalizaciones, pero no cabe duda de que en 1910 América Latina era poco diferente de lo que sabía sido en 1810. La modernización de Latinoamérica en un sentido social y político comenzó con la Revolución Mexicana de 1910 y actualmente se está desarrollando con rapidez cre-

ciente. Nuestra suposición de que los países latinoamericanos eran naciones democráticas simbolizadas por constituciones representativas era falsa, y nuestra identificación con la estructura económica y social sobre la que se basaban nos puso en la difícil situación de tener que apoyar un sistema "feudal" contra las influencias crecientes que reflejan la revolución popular a que conduce la industrialización.

La sociedad democrática que damos por supuesta sólo ahora está empezando a aparecer en América Latina y aún no nos hemos identificado con ella. Nuestros gobiernos y nuestros inversionistas privados se han asociado, quizá inevitablemente, con los grupos que ahora se ven perturbados, desalojados o destruidos por unos cambios que nosotros no podemos detener, controlar, ni siquiera guiar. Nuestra desgracia consiste en habernos identificado con aquellos grupos o personas a quienes la sublevación popular pone en peligro y en oponernos a las reformas que llevarían a esas naciones a un nivel más próximo a nuestra sociedad democrática. En cierto sentido este es el obstáculo fundamental en el camino de nuestras relaciones formales con la América Latina. En los últimos tiempos hemos apoyado a sus gobiernos sobre la base de que eran nuestros aliados democráticos. Sin duda, eran nuestros aliados, pero no siempre eran democráticos. Y puesto que eran nuestros aliados estábamos dispuestos a apoyarlos contra las fuerzas que pretendían hacerlos más semejantes a ese mundo democrático en cuyo nombre hablaban.

Nuestra identificación con las familias dirigentes ha hecho que sea difícil para nosotros reconocer la legitimidad de la presión popular en pro de una serie de cambios. Nuestras inversiones en Latinoamérica están ligadas al orden social presente y en algunos casos parece que cualquier programa amplio de mejora social y, sin duda alguna, la amenaza de revolución les pone en peligro. El dilema es absolutamente real y muy difícil de resolver, ya que en teoría, y aún más dentro de una larga tradición religiosa y misionera, nuestro deber es no sólo reformarnos y mejorarnos a nosotros mismos sino también, si ello es posible, a nuestros vecinos. ¿Qué es la política de buena vecindad, o las exhortaciones de Wilson en pro de unas elecciones honradas y de unos gobiernos democráticos, sino un intento de hacer efectivo en el mundo real un sentido del deber que tiene sus raíces en la religión? Las "Cuatro libertades" de Roosevelt y los "Cuatro puntos" de Truman tienen también su origen en la misma preocupación.

Las perplejidades son reales y las simples generalizaciones resultan engañosas y a veces falsas. No apoyamos a las dictaduras como resultado de una política expresa; ello sería contrario a todas las tradiciones norteamericanas. Sin em-

bargo, en la práctica hemos sido amigos de los dictadores como un mal menor, o como resultado de una situación *de facto*, que no nos dejaba la posibilidad de elegir. Nos hemos encontrado así al lado de los dictadores por la sencilla razón de que ellos, como nosotros, eran anticomunistas.

El anticomunismo

Esta alianza aparentemente natural entre la democracia estadounidense y los “hombres fuertes” de América Latina ha demostrado ser una trampa y un engaño. Entramos en esta política muy fácilmente; lo que pasa es que comprendíamos mal a nuestros vecinos. Nosotros nos oponíamos al comunismo, pero Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Perón y otros se oponían a la democracia. Ellos no se preocupaban por el comunismo. En realidad, Trujillo, Batista y Perón “flirtearon” con los comunistas cuando así convenía a sus intereses inmediatos. A lo que realmente se oponían era a los demócratas, es decir, a las personas que querían elecciones honradas y regulares, libertad de palabra y de prensa, derecho de petición, derecho de reunión y protección contra las detenciones arbitrarias, contra la tortura, el destierro, la persecución y la amenaza constante de morir a manos de los sicarios del dictador. Y, para nuestro asombro, confusión, perplejidad o vergüenza —no sé cuál sería la palabra adecuada—, nos vimos apoyando a gobiernos que violaban los derechos humanos y que imponían a sus ciudadanos toda clase de males, y apoyándolos en nombre de la defensa del mundo libre y de la lucha contra el comunismo.

De todo esto se desprende para nosotros una gran elección. Nos vimos cogidos en una situación que no supimos comprender. Dividíamos al mundo en demócratas y comunistas, en gobiernos libres y gobiernos totalitarios. Pero esta resultó ser una clasificación demasiado simple. Había también dictadores que, igual que los totalitarios, suprimían todos los vestigios de la democracia, y lo hacían en nombre del anticomunismo. Y como eran o parecían ser anticomunistas, los llamábamos demócratas y los acogíamos con satisfacción en el campo de las naciones libres. Peor aún: fuimos culpables de ayudar a los dictadores a perseguir a los líderes de los grupos democráticos en América Latina al tomarnos la curiosa libertad de identificar a los enemigos de los tiranos locales como nuestros propios enemigos. Un par de ejemplos de esto; sólo de muy mala gana dimos un pasaporte a Betancourt, el actual presidente de Venezuela, y amenazamos con deportar a uno de los mejores amigos de Estados Unidos, Germán Arciniegas, porque Trujillo y Rojas Pinilla le llamaban comunista.

Hemos enmascarado y tergiversado nuestras relaciones con América Latina y con otras partes del mundo al hacer del anticomunismo el tema central de nuestra política exterior. Esto nos confirió una influencia poderosa en el mundo, hizo que fuera fácil colocar bajo nuestra bandera a individuos y naciones y simplificó la tarea de identificar a nuestros enemigos y de

apartar a las ovejas negras que aparecían en medio de nosotros. La política exterior norteamericana podía adoptar todas las características de una gran campaña, incluso de una cruzada moral. Todo esto estaba muy bien. Por desgracia, adolecía de un defecto capital: esta política era una política negativa. Estábamos apasionadamente en contra del comunismo, pero no abiertamente en pro de la democracia. Y al adoptar esta postura de simples oponentes, acogimos como aliados a todos aquellos que se enrolaban bajo la misma bandera, aunque rechazaran todo lo demás que nosotros defendíamos. Lo que nos ocurría es que habíamos adoptado una posición ideológica puramente negativa. No sólo nos oponíamos al comunismo, sino que pensábamos que todos los que se oponían al comunismo eran también demócratas como nosotros mismos.

Y como esta es una época de rápidos cambios sociales, nuestra oposición doctrinaria al comunismo tendía a identificarnos con los defensores del *statu quo*. En América Latina, cada dictador proclamaba su anticomunismo cada vez que suprimía las libertades de su pueblo y, en nombre de la defensa del mundo libre, perseguía a quienes pedían garantías constitucionales. La identificación de una inmóvil ideología anticomunista con la tiranía terminó siendo tan evidente en Latinoamérica que a los anticomunistas profesionales se les miraba como a agentes de la tiranía.

Lo irritante y doloroso de esta situación se puso de manifiesto en una ocasión en que media docena de periodistas venezolanos hablaron sobre la política de Estados Unidos para con Pérez Jiménez, el dictador de su país, al que nosotros habíamos condecorado. Todos habían estado en la cárcel y la mitad habían sido torturados. Al referirse a nuestra amistad con Pérez Jiménez y a la condecoración que le habíamos concedido, lo hacían con irritación y con ira contenida. Hablaban como si a Pérez Jiménez se le hubiera condecorado precisamente por haber ido ellos a la cárcel y por haber sufrido malos tratos. Las conversaciones y los rumores a que un sentimiento como éste daba lugar se propagaban rápidamente entre la gente y provocaban el miedo a Estados Unidos y la indignación contra ellos. La combinación del resentimiento suscitado por nuestro complejo de superioridad y de la hostilidad derivada de nuestro "apoyo" a los dictadores explica en gran parte la desafortunada postura que hemos adoptado a los ojos de los latinoamericanos.

Nuestra política anticomunista habría suscitado otros sentimientos si se hubiera combinado con un apoyo positivo a la democracia. Si hubiese quedado claro que estábamos contra el comunismo, pero en favor de las aspiraciones democráticas de los pueblos de América Latina y de otras regiones del mundo,

nuestro papel habría sido diferente. Sin embargo, y por desdicha, nos oponíamos al comunismo, pero no apoyábamos visiblemente a la democracia. Esta es la dificultad de una posición negativa. A menudo justificábamos esta posición negativa nuestra basándonos en la "no intervención", que a su vez es una posición negativa. Este argumento lo presentábamos frecuentemente con reservas mentales, no sólo porque, como ya hemos visto al comienzo de este artículo, nuestra simple presencia o un sencillo gesto nuestro constituye una intervención, sino porque nuestra política de anticomunismo activo era en muchos aspectos una fuente de intervención en defensa del *statu quo*, aunque no fuera esa nuestra intención.

A los críticos de Estados Unidos les ha sido fácil presentar esta política como una prueba de hipocresía, simulación y elección deliberada. Era fácil acusar al Departamento de Estado de apoyar o, si se prefiere, de soportar a los dictadores en nombre del anticomunismo, porque esos "hombres fuertes" favorecían también los negocios norteamericanos. Y no sería del todo honrado afirmar que este elemento no tenía su lugar propio dentro de la situación total. Sin duda sería poco realista argumentar diciendo que los hombres de negocios norteamericanos no explicaban el caso a los políticos ni hacían ver la auténtica realidad de las dictaduras porque éstas favorecían las inversiones estadounidenses. Tampoco podemos suponer que los dirigentes políticos no se dejaban influenciar en modo alguno por la actitud favorable adoptada por los hombres de negocios norteamericanos frente a hombres como Batista o Pérez Jiménez.

Al menos los latinoamericanos creen que fue la United Fruit Company la que dictó la política del Departamento de Estado durante el periodo de dificultades con Arbenz. Sin embargo, sería la mayor de las calumnias repetir esta explicación demasiado sencilla, si no maligna, de nuestra política para con Guatemala o con el resto de América Latina. Si tal explicación fuera cierta, habría que alegrarse, ya que resultaría relativamente fácil corregirla. Pero la dificultad es de otro orden, y consiste en que, dada nuestra adhesión al principio de no intervención, a los hombres de negocios norteamericanos les resultaba fácil pedir insistentemente el establecimiento de relaciones amistosas con los gobiernos dictatoriales. Hasta cierto punto esto también influyó sobre nuestros representantes diplomáticos. Lo que en principio tenía por finalidad impedir que Estados Unidos interviniera en los asuntos internos de nuestros vecinos, se convirtió en la justificación de una actitud de tolerancia amistosa frente a dictadores como Batista, Pérez Jiménez y Rojas Pinilla. Así, esa doctrina facilitaba a nuestros representantes la tarea de mantener buenas relaciones con los

tiranos, aunque conocían perfectamente los horrores cometidos por la policía local. Nuestra política puramente negativa nos sirvió para mostrarnos amigos de las dictaduras, cuando por el contrario debimos apoyar activamente a las democracias como el único medio para hacer frente al comunismo. La única forma de aumentar la influencia y la viabilidad de las democracias es apoyarlas y alentarlas.

Durante los años críticos de nuestra campaña anticomunista debimos adoptar una actitud positiva en apoyo de la democracia. Debimos hacer público repetidamente nuestro apoyo a los ideales y a los gobiernos democráticos mediante declaraciones del mismo presidente, del secretario de estado y del Congreso. Debió quedar claro a los ojos de todos que a los demócratas o a los gobiernos democráticos se les ayudaría con préstamos públicos y con apoyo diplomático y que se alentaría a los bancos y a las fundaciones para que cooperasen con esos gobiernos; debió quedar también perfectamente claro que nos opondríamos, aislaríamos y daríamos un trato distinto a los gobiernos dictatoriales. Nuestra política debió consistir en proteger a los dirigentes democráticos expulsados de su patria por los dictadores, y nuestros embajadores, los miembros del Congreso y el mismo Departamento de Estado debieron protestar públicamente cuando el gobierno de Rojas Pinilla trató de cerrar *El Tiempo*, el gran diario liberal de Bogotá, o cuando se prendió fuego a la casa del antiguo presidente de Colombia Alfonso López. Un apoyo activo a los elementos democráticos les hubiera reforzado y habría aumentado la influencia y viabilidad del proceso democrático. Aun con todos los defectos y dificultades que unas normas generales pueden presentar para los políticos en su aplicación a Latinoamérica, siempre es posible distinguir a un Trujillo en Santo Domingo de un Lleras Camargo en Colombia y adoptar una política de oposición al uno y de apoyo al otro. Comprendo las dificultades que presenta la conducción de los asuntos públicos en un mundo dividido por la guerra fría. Pero, si nosotros hubiéramos tenido una política positiva en apoyo de la democracia, Castro no desempeñaría el papel que hoy desempeña. En la misma Cuba había una diferencia real entre Prío Socarrás y Batista. El primero, a pesar de toda la corrupción, había subido al poder gracias a unas elecciones y al final de su mandato habría de abandonar su puesto en beneficio de su sucesor electo democráticamente. Pero Batista acabó con el proceso electoral mediante un golpe de Estado militar. Si entonces hubiésemos adoptado la actitud que debíamos, nuestras dificultades en Cuba habrían sido de un orden diferente. En todo caso, no se nos habría identificado con la tiranía, ni acusado de defender el *statu quo*.

El statu quo

Y el *statu quo* en América Latina corresponde a otra época y resulta completamente inadaptado al siglo XX. Esa situación anticuada no es algo que pueda apoyar una nación como Estados Unidos, en la que el cambio y la movilidad son quizá las características más sobresalientes de la cultura. El *statu quo* en América Latina es antidemocrático e incompatible con nuestra campaña anticomunista. La sociedad latinoamericana, que durante siglos parecía petrificada, se ha vuelto de repente explosiva, entre otras razones a causa del súbito aumento de población. Esta sociedad, social y económicamente estratificada, no puede dar cabida al creciente número de personas que buscan los medios de subsistir. Esta sociedad no posee ningún mecanismo interno de cambio, y su tendencia totalitaria hace que la movilidad social sea casi imposible. Podría haber sobrevivido indefinidamente si el mundo moderno, bajo la forma de la ciencia y de la comunicación, no hubiera venido a amenazar la base misma sobre que aquélla se apoya. La inquietud y la presión en favor del cambio en América Latina no se deben fundamentalmente a la influencia comunista. Si alguna responsabilidad le cabe en ello a alguna fuerza exterior, es más bien la expansión de la energía norteamericana la que ha hecho insostenibles las viejas formas.

Somos nosotros, los norteamericanos, quienes suscitamos la inquietud con nuestra simple presencia, con nuestro innato igualitarismo, con nuestra camaradería y nuestras maneras campechanas, con nuestro trato igual para con todas las personas que encontramos, con nuestra carencia de cualquiera de los atributos asociados a una estructura social estratificada y con nuestro no reconocimiento de la diferencia entre un hombre “grande” y uno “pequeño”. Provocamos también la presión en favor del cambio con la importancia increíble que damos a los productos de consumo por todos los medios de que disponemos. Proclamamos ante el mundo que toda persona debe tener un automóvil, un aparato de televisión, los mejores muebles y aparatos domésticos y mil otras cosas por el estilo. Hacemos todo lo posible por despertar el apetito de la comodidad, del ocio, del lujo y de las riquezas materiales, que las masas de América Latina no pueden alcanzar sin una transformación profunda. Al mismo tiempo, ayudamos a los gobiernos de la región a sujetar la tapadera y cuando la explosión se produce echamos la culpa de ella a los comunistas, que así se quedan con el mérito de ser los “amigos” del pueblo. La situación actual la ha descrito gráficamente un atropólogo francés hablando del presente sistema de las “haciendas” en el Perú: “Desde el siglo XIII no existe nada parecido en Francia y en

Europa occidental". Pero el sistema de servidumbre en virtud del cual a la gente se la vende con la tierra no es una institución exclusivamente peruana. En el Ecuador, por ejemplo, al régimen de las haciendas están sometidos por lo menos cuatrocientos mil indios en calidad de "huasipungueros", según un sistema que les ata a la tierra. Este es el tipo de realidad que facilita las dictaduras y dificulta las "democracias".

Nuestra actitud de simpatía para con los dictadores latinoamericanos ha hecho que las perspectivas de un cambio pacífico resulten más arduas, al contribuir a la desilusión de muchos elementos de la joven generación respecto a la democracia. Estos jóvenes han visto cómo una serie de esfuerzos reiterados de utilizar el proceso "democrático" para conseguir los necesarios cambios económicos y sociales se frustraban, a causa de la violencia y de la dictadura, y han observado nuestra complacencia, si no nuestra aprobación, ante estos dictadores y sus métodos. No es por ello de extrañar que muchos de esos jóvenes hayan llegado a la conclusión de que Estados Unidos no cree en la democracia para los latinoamericanos por no considerarlos aptos para ella. Tampoco es de extrañar que se hayan vuelto hacia la violencia y hacia el gobierno autoritario como medio, quizá el único medio, de entrar definitivamente en el siglo XX a partir de la situación que hoy ocupan en el mundo. Estoy seguro de que nos gustaría poder rechazar esta acusación y decir que, si en América Latina existe una moderna generación de jacobinos, sus lecciones las han aprendido de otras personas, a saber, de los comunistas. Pero muchos de esos latinoamericanos no son comunistas; simplemente, han perdido su fe en el proceso democrático, no creen que pueda funcionar en la situación de pobreza, de analfabetismo y de rigidez social que caracteriza a la parte del mundo en que ellos viven. Y nosotros somos responsables, quizá más de lo que queremos reconocer o de lo que se nos echa en cara, de que muchos miembros de esta generación abandonen su fe en los ideales y en los métodos democráticos. Si hubiésemos denunciado a Batista por haber derrocado a un gobierno legítimamente elegido, y hubiésemos ofrecido nuestra ayuda para restablecer a éste, con toda seguridad nunca hubiera existido Fidel Castro. Y si hubiésemos adoptado una actitud similar en Venezuela, Perú y Colombia, nuestra batalla contra el comunismo habría sido más eficaz y no se nos habría acusado de favorecer el establecimiento de dictaduras en defensa de la United Fruit Company, y lo que es más importante, habríamos reforzado la fe en la práctica de la democracia en América Latina.

No podemos detener la transformación que está produciéndose en estos países. En realidad, nosotros somos más respon-

sables de que se haya puesto en marcha ese proceso que cualquier otro país, grupo o persona y no podemos impedir que la agitación continúe y que el “hambre” resulte casi insoportable. Porque nosotros no podemos, en cuanto cultura y en cuanto individuos, dejar de ser nosotros mismos o cambiar la influencia que ejercemos. O bien, ayudamos a los gobiernos latinoamericanos a abrirse camino desde la servidumbre y la pobreza hacia un siglo XX moderno, de carácter esencialmente norteamericano, o bien, nos veremos obligados a aceptar la alternativa de una serie de revoluciones convulsivas en las que se nos tratará de avaros malintencionados que se oponen al “progreso” y a las legítimas aspiraciones del hombre de la calle.

Esto se ve claramente en nuestra actitud para con Cuba. Por lo que se refiere a los latinoamericanos —no hablo de sus gobiernos, que a menudo se expresan con reservas mentales—, no cabe duda de que simpatizan con Castro y con la revolución antidictatorial que él defendió, y nosotros no podemos decir nada que resulte eficaz sobre el asunto, debido a que hemos tolerado y, hasta hace poco, apoyado a Trujillo en Santo Domingo. Después de todo, el régimen de Trujillo es uno de los peores que haya conocido el mundo moderno. Y, sin embargo, este régimen ha sido uno de nuestros aliados en la defensa de la “democracia” occidental. Nuestras acusaciones contra Castro resultarían mucho más convincentes si hubiésemos denunciado a Trujillo hace tiempo. Es verdad que ahora le hemos condenado, pero los latinoamericanos dicen que la única razón de que nos aviniéramos a ello fue el deseo de establecer un precedente para atacar a Castro. Es difícil vivir con arreglo a una doble medida y pretender que todavía le respeten a uno.

La campaña anticomunista en América Latina ha demostrado ser una inversión poco rentable para Estados Unidos. La Ley McCarran sobre la concesión de visados para la entrada y el paso a través de Estados Unidos nos ha creado más enemigos en Latinoamérica que casi todas las demás decisiones oficiales, convirtiendo en enemigos nuestros a quienes eran nuestros amigos naturales. El Departamento de Estado debe de guardar en sus archivos miles de quejas procedentes de embajadores y funcionarios consulares norteamericanos, así como de ciudadanos privados, en relación con el daño que la aplicación de las disposiciones de la ley ha supuesto para el buen nombre de Estados Unidos. Pero nuestra actitud ha sido tan rígida, y tan sensible ha sido la opinión norteamericana al problema del comunismo, que cualquier estupidez a la que pudiera clasificarse como anticomunista podía convertirse en lo que los periodistas llaman una “vaca sagrada” es decir, algo

que no podía someterse a la menor crítica. Y esto es lo que ocurrió con la Ley McCarran. A ello cabría añadir que la intimidación política, el temor a ser tratado de “blando con el comunismo”, ha impedido que muchas personas que saben lo perjudicial que es la aplicación de las disposiciones de la ley las criticaran en público. Me limitaré a citar dos ejemplos:

En Venezuela, en una ocasión en que yo visitaba el país para dar una serie de conferencias, me di cuenta un día de que el sentimiento de amistad para con Estados Unidos e incluso para conmigo mismo en mi calidad de norteamericano se había enfriado enormemente. Nadie quería hablar de lo que había provocado este súbito descenso de la temperatura cordial. Por fin, tras interrogar a mis amigos, se me ofreció la explicación de ello. La cosa era muy sencilla. A un miembro muy distinguido del grupo de familias que constituyen la élite intelectual y política del país, católico muy conocido y escritor prolífico que había publicado innumerables artículos en defensa de Estados Unidos y que en otro tiempo fue ministro de Asuntos Exteriores, se le había negado un visado de tránsito por un funcionario consular norteamericano. Nuestro hombre no iba a Estados Unidos, sino a Francia, donde tenía que asistir a una conferencia internacional, y deseaba simplemente cambiar de avión en Estados Unidos. Pero no podía ser. El joven funcionario consular lo sentía. Tenía que hacerse una investigación. En los archivos constaba que años antes, cuando Venezuela reconoció a la URSS, el venezolano en cuestión había asistido a una recepción en la embajada rusa. Sí, pero ¿no sabía el cónsul que Estados Unidos había instado al gobierno venezolano para que reconociera a Rusia y no sabía que el solicitante había sido en otro tiempo ministro de Asuntos Exteriores y amigo de Estados Unidos? Sí, lo sabía. Pero la ley lo prescribía inapelablemente: tenía que realizarse una investigación y era menester recibir instrucciones especiales. La cosa no podría resolverse en menos de tres meses y, naturalmente, no había tampoco ninguna seguridad de que al final se concediera el visado de tránsito.

El antiguo ministro de Asuntos Exteriores salió de la oficina consular dando un portazo. Desde entonces se convirtió en uno de los enemigos más acérrimos de Estados Unidos. Continuó escribiendo buenos artículos sobre nuestro país, pero ya no eran amistosos ni favorables para éste. Y lo que a él le ocurrió afectó también a todos sus amigos y parientes -y entre estos se incluían por matrimonio la mayor parte de las personas importantes de Caracas y granparte de los amigos de Norteamérica—. Hubo bastantes casos de este tipo como para justificar el establecimiento de una línea aérea especial que va de la ciudad de México a Canadá sin detenerse en Estados Unidos,

con el fin de no tener que someterse a la humillante experiencia de pedir allí un visado de tránsito. En cierta ocasión le pregunté al director de una importante revista literaria de América Latina por qué no venía a verme cuando pasaba por Nueva York camino de Europa; a lo que él me respondió:

Voy a Europa vía Canadá. ¿Cree usted que me voy a dejar insultar por pedir un visado de tránsito norteamericano?

Y nosotros seguimos preguntándonos por qué somos impopulares en América Latina. Como me dijo un amigo peruano:

Nuestras dificultades con Estados Unidos son a veces por estupideces.

El otro incidente a que me refería, ocurrió recientemente, lo refirió en una conversación de carácter general una persona cuyo nombre no recuerdo, pero que tuvo parte en el asunto. Se trata de lo siguiente. Gracias a los buenos oficios de la embajada norteamericana, a cinco estudiantes elegidos por sus compañeros de la Politécnica como los mejores (o como los atletas más diestros, no recuerdo bien la cosa) se les concedió la posibilidad de hacer un viaje especial a Estados Unidos. La perspectiva de una aventura tan poco corriente suscitó gran entusiasmo entre los estudiantes y despertó sus simpatías hacia ese país. Hubo desfiles, reuniones, elecciones y discursos. Finalmente, se anunciaron los nombres de los cinco afortunados ganadores del viaje a Estados Unidos. Se fijó la fecha de partida y se alquiló el autocar en el que habían de hacer el viaje. Los demás estudiantes habían preparado una despedida especial a los viajeros, y para ellos Estados Unidos era la más amada de las naciones. Pero he aquí que en el último momento aparece el funcionario consular con la triste historia de que el más popular de los cinco estudiantes, el líder del grupo y el más querido en la escuela, había sido a la edad de doce años miembro de una sociedad prohibida. En tales circunstancias, la ley impedía que se le concediese un visado para visitar Norteamérica.

Para todos era claro que si al dirigente del grupo no se le permitía visitar Estados Unidos, los demás estudiantes se negarían a ir. Los estudiantes de la Politécnica —y son 30 000— creerían que se ofendía a la escuela misma y considerarían el asunto como un signo de la duplicidad norteamericana y como un desaire al buen nombre de su escuela y de México mismo. Era perfectamente evidente que el entusiasmo de los estudiantes se convertiría en rencor, ira y estallidos emocionales. Seguramente los estudiantes manifestarían contra la embajada norteamericana, se producirían disturbios y se llegaría incluso a la violencia. Los políticos y la prensa tomarían el caso por su cuenta. Lo que en principio pretendía ser un gesto de amistad se convertiría así, probablemente, en un gran escándalo público que dificultaría nuestras buenas relaciones

con México. En el último momento, cuando ya la noticia no podía disimularse, a alguien se le ocurrió sugerir que se considerase aquel caso como un error de identificación y que el muchacho de doce años que había pertenecido a una organización prohibida era en realidad una persona distinta, de nombre y edad semejantes. Así fue como se salvó la ardua situación.

El apoyo a la democracia

Si no se hubiera sugerido esta idea de la identificación equivocada, el justificado resquemor y la inquina consiguientes habrían anulado toda la buena voluntad acumulada gracias a un año entero de préstamos al país. Es evidente que la buena intención con que se dictó la Ley McCarran no ha servido sino para hacer más difícil la conducción de nuestras relaciones exteriores y para acabar con gran parte de la buena voluntad y de los sentimientos amistosos derivados de los programas de ayuda, para los que el Congreso concede grandes sumas.

Si hemos de llamar a las cosas por su nombre, habrá que decir que nuestras relaciones con América Latina son calamitosas. Si este adjetivo no es justo, entonces ¿cómo calificar los malos tratos de que se hizo públicamente objeto al vicepresidente de Estados Unidos? ¿Puede una gran nación caer más bajo en la estimación de sus vecinos y aliados? Me doy cuenta de todas las circunstancias atenuantes: comunistas y demás cosas. Pero esto no es una explicación. Los que argumentan en tal sentido tratan de evitar enfrentarse con los hechos y de descargar su propia conciencia echando la culpa a los demás. Si somos impopulares, aceptemos los hechos como son y tratemos de comprender cómo es posible que nosotros, que hemos cruzado dos veces el océano para “salvar al mundo para la democracia” y para establecer las “cuatro libertades”, terminemos de modo tan aciago.

Si en América Latina nos vemos en semejante trance es porque hemos hecho una política anticomunista puramente negativa y porque hemos aceptado a los dictadores y a los tiranos como nuestros aliados y les hemos apoyado cuando en nombre del anticomunismo acosaban, encarcelaban y en muchos casos, asesinaban a quienes intentaban trabajar por establecer los simples privilegios democráticos que nosotros consideramos naturales. Hay otras muchas cosas en el cuadro, pero en general, por lo que a las masas populares se refiere, nos hemos identificado con sus opresores.

Si hay algo evidente es que la forma más segura de ganarnos de nuevo la voluntad del pueblo es afirmar claramente que estamos por la democracia. Debemos declarar que apoyaremos a un dirigente como Lleras Camargo y que nos opondremos a otro como Trujillo, y debemos hacerlo realmente. Las dificultades que se presentan en el camino de lo que parece una política sencilla son numerosas; pero siempre es posible reconocer la diferencia entre un gobierno que evoluciona hacia la democracia y otro que se aleja de ella. Al primero debemos apoyarlo en todas las formas posibles; al segundo debemos tratar de aislarlo diplomática y económicamente y hacer cada vez más difi-

cil que en él sobreviva la dictadura. Si somos los líderes del mundo democrático, tenemos que hacérselo saber al pueblo. No es fácil engañarlo. Si deseamos dirigir a las democracias, la gente tiene que reconocer en nosotros a ese líder. Nadie ha de sentirse tan desconcertado como aquel dirigente político de una de las naciones latinoamericanas que preguntaba "cuál era la política exterior norteamericana". La pregunta es difícil de contestar. Pero no cabe duda de que deberíamos poder responder que estamos contra la dictadura, al menos en el hemisferio occidental. Y esto es algo que no estaba claro bajo las últimas administraciones norteamericanas.

Desde luego, hay otras muchas razones que explican nuestra pérdida de prestigio entre nuestros vecinos del sur. Una de ellas es sin duda la ausencia de comunicación entre nosotros. Los latinoamericanos siguen recordando el "big stick" de Theodore Roosevelt y las numerosas intervenciones en la región del Caribe y en América Central. Aún continúan considerando a Estados Unidos como una nación de grandes monopolios que controlan al gobierno, como una nación "capitalista" donde reina un individualismo desenfrenado, donde no existe ninguna conciencia social, donde el trabajo carece de derechos y donde el "materialismo" ha arrinconado todas las influencias humanistas y culturales. Que unas cuantas personas entre las más cultas y educadas, tengan una idea más exacta de la realidad, no afecta verdaderamente a la imagen que la gente en general se forma de Estados Unidos. Por desgracia, los latinoamericanos no han comprendido la profunda revolución social que se ha producido en Norteamérica desde los años 20. No tienen noción de nuestra sociedad igualitaria, que además ha logrado conservar sus libertades civiles; del hecho de que hemos desarrollado un amplio sistema de seguridad social y conservado al mismo tiempo nuestra libertad política. No saben nada de la política del gobierno federal y de los estados que trata de defender a los individuos contra la indiferencia inherente a las grandes organizaciones.

Pero culpa no es enteramente suya. En cierto sentido, nuestro pueblo no ha aprendido a hablar de la nueva sociedad que ha logrado crear para sí mismo. Nuestro lenguaje no ha sabido ponerse a la altura de nuestra revolución, y lo mismo los "radicales" que los "conservadores" cuando hablan de Estados Unidos, usan de palabras y de ideas como si nada hubiera ocurrido realmente, como si aún siguiéramos viviendo en el siglo XIX. Por ello no es de extrañar que nuestros dirigentes, cuando hablan a los latinoamericanos, parezcan describir a Estados Unidos con el lenguaje de Adam Smith y de Ricardo. Así aparecemos ante los latinoamericanos como los defensores de un individualismo absoluto y de un sistema de compe-

tencia totalmente libre, como si en nuestro país no existiera seguridad social, ni contratos colectivos, ni un poderoso movimiento sindical. Si nosotros presentamos una imagen falsa de nuestra propia realidad, otro tanto hacen los intelectuales respecto a nuestros vecinos del sur. Esos intelectuales quieren que creamos en una América Latina idealizada: un mundo de hombres iguales dominado por una cultura humanista. Los intelectuales parecen desconocer el sistema de "haciendas" en virtud del cual aún se vende a los hombres junto con la tierra, el gran abismo existente entre los ricos y los pobres, el sistema inadecuado de impuestos, la pobreza, el analfabetismo y la indiferencia fundamental y, a veces, la corrupción de las camarillas gobernantes. Ambas imágenes son evidentemente falsas y ninguna de las dos partes sabe realmente presentarse como de verdad es. Quizá sea que los seres humanos se dejan arrastrar por unos sistemas de lenguaje y de imágenes que falsean la realidad.

No podemos dejar las cosas aquí, pues entre la América del Norte y la del Sur existe una verdadera incapacidad para comunicarse, y ello no se debe sólo a que cada una se forme una imagen falsa de la otra. En cierto modo, se nos ha escapado algo que en cambio tienen muy presente los latinoamericanos: el sentido de las pasiones que conmueven a la actual generación. En realidad, nosotros estamos lejos de los problemas y no somos capaces de comprender los profundos sentimientos que despiertan cuestiones tales como el nacionalismo y el colonialismo en muchas regiones del mundo. Los pueblos de numerosos países se esfuerzan por conseguir un bienestar económico, escuelas para sus hijos, una alimentación suficiente, un sistema sanitario adecuado y una dignidad humana, pero especialmente una soberanía nacional y una libertad frente al dominio extranjero. Para nosotros estos problemas ya no resultan reales; salvo por lo que se refiere a la cuestión de la segregación, nuestras preocupaciones son de orden diferente. Nos preocupan las cuestiones de la guerra fría, de la seguridad nacional, de la productividad y el empleo, del amontonamiento de los automóviles en las carreteras, de la conquista del espacio, del exceso de estudiantes en nuestros colegios y universidades, de los excedentes agrícolas y de las sumas de dinero que podemos dedicar al desarrollo de las regiones preindustriales sin someter a una tensión excesiva el dólar norteamericano. Estas son preocupaciones muy distintas, que en consecuencia dan lugar a sistemas dispares de lenguaje. En un sentido muy real Estados Unidos y las regiones aún no industrializadas, entre ellas América Latina, viven en mundos separados, y las cuestiones que más preocupan a uno quedan fuera del área de las preocupaciones básicas del otro. No es que no

nos comprendamos unos a otros. La realidad es que el diálogo se establece a diferentes niveles y que de hecho no nos hablamos los unos a los otros. Los problemas de la exploración espacial o de los proyectiles balísticos, los resultados del conflicto entre Estados Unidos y Rusia o el grado de desempleo y de dislocación que pueda provocar la automatización son cosas que están fuera del alcance de la gente de Haití y Ecuador.

Es natural, y fácil, dar un carácter moral a la discusión sobre estas preocupaciones diferentes de la gente en Estados Unidos y en América Latina. Es fácil afirmar que somos nosotros o son ellos los culpables y los equivocados. Y, en efecto, en este trabajo hemos visto que **ambos cosas no ciertas. Nosotros tenemos la culpa, porque deberíamos ver más claro. Deberíamos ser capaces de mantener un diálogo nacional en dos niveles: el de una sociedad industrial altamente organizada y el de una sociedad agrícola sencilla que se esfuerza por conseguir la independencia nacional y el bienestar económico al mismo tiempo. Deberíamos comprender las pasiones y responder al clamor del antimperialismo y el anticolonialismo. Deberíamos comprender la lucha para conseguir la independencia económica y la industrialización y simpatizar con los esfuerzos para proteger y expresar una cultura nacional. No siempre ocurre así. Quizá lo que otra gente expone y defiende con mayor pasión e insistencia nos parezca a nosotros exótico y sin relieve. El tono emocional con que se discuten cuestiones tales como la industrialización, la exportación de materias primas y las inversiones extranjeras suena a irreal en nuestros oídos. En cuanto nación, hace tiempo que dejamos de discutir la legitimidad o no legitimidad de estas cuestiones y nos sentimos contrariados cuando se habla de ellas con pasión y energía.**

La sociedad industrial y los complejos problemas a que da lugar han oscurecido para Estados Unidos el sentido de la agitación que ahora se está haciendo patente entre las naciones latinoamericanas. El diálogo entre nuestro país y ellas tiene lugar a partir de dos niveles diferentes. Esta es la dificultad verdadera de tales relaciones. Nosotros no comprendemos —y por consiguiente no simpatizamos con ella—, la calidad emocional de que esas cuestiones se revisten. Son cosas que surgen de un mundo que ya no acertamos a interpretar. Los problemas planteados, frecuentemente parecen carecer de realidad. Nuestra insensibilidad —si esta es la palabra adecuada— nos coloca en una situación de gran desventaja. La inquietud popular se manifiesta no sólo en una exigencia de soberanía y de independencia sino también de libertad, bienestar y educación. El aumento de los medios de comunicación ha hecho más urgentes estas exigencias. Para poder sostener nuestras pretensiones al liderazgo tenemos que encontrar el medio de

identificarnos con el clamor que hoy se eleva por los valores que nosotros hace ya tiempo hemos llevado a la práctica.

Expresada con sencillez, la tarea con que tenemos que enfrentarnos en América Latina puede resumirse en una sola pregunta. ¿Qué puede hacer Estados Unidos para ayudar a llenar el foso que existe entre el ingreso medio anual de 2 500 dólares en América del Norte y los 200 dólares de América Latina? No estoy seguro de saber lo que estas cifras significan. En todo caso, son cifras oficiales del gobierno y de las agencias federales de Norteamérica. Sea lo que sea lo que las mismas signifiquen, la diferencia entre los ingresos es tan grande que, hasta que no se consiga disminuirla, no cabe esperar que los pueblos de los países latinoamericanos se identifiquen con nuestras aspiraciones, proyectos o decisiones políticas. No estamos realmente embarcados en el mismo barco, a pesar de toda nuestra predicación, de las actividades conjuntas de la Organización de Estados Americanos y de nuestras mutuas campañas anticomunistas. No podemos esperar que los pobres de Haití, los indios del Perú o los "rotos" de Chile comprendan la política norteamericana o se asocien con los ideales económicos y políticos norteamericanos. Los gobiernos de Latinoamérica ofrecen una adhesión puramente de fachada o tratan honradamente de identificarse con Estados Unidos, pero en uno como en otro caso las familias gobernantes se hallan tan lejos de su propio pueblo como nosotros. Y esto no hace sino complicar el problema. No quiero decir que el cambio en el bienestar económico es lo más importante. Lo que sí afirmo es que el esfuerzo para elevarse de los 200 dólares actuales de ingreso medio anual en Latinoamérica a los 2 500 de América del Norte suscitaría tal número de actividades, de intereses y de conflictos y afectaría tanto a la visión popular del mundo, que los latinoamericanos se verían en mejor posición para comprender y compartir nuestra concepción de la vida y nuestros ideales políticos.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO IV:

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA. 38. Antonio Caso, MEXICO Y SUS PROBLEMAS. 39. Augusto Roa Bastos, IMAGEN Y PERSPECTIVAS DE LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL. 40. Bernardo Monteagudo, ENSAYO SOBRE LA NECESIDAD DE UNA FEDERACION GENERAL ENTRE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS.

TOMO V:

41. José Figueres, LA AMERICA DE HOY. 42. Juan Bautista Alberdi, SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN CONGRESO GENERAL AMERICANO. 43. Guillermo Francovich, SOBRE EL PORVENIR DE LA CULTURA BOLIVIANA. 44. Diego Portales, CARTAS SOBRE CHILE.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo